

Leer con los cinco sentidos

por Víctor Moreno*



Este artículo es una original invitación a que leamos sirviéndonos de los cinco sentidos. Según el autor, la vista sólo proporciona un placer parcial de la lectura, por lo que es aconsejable iniciarse también en el reconocimiento, la apreciación, y el disfrute del libro a través del tacto, el oído, el olfato y el gusto. Y es en la escuela donde, en opinión del articulista, se debe enseñar a los niños a entrar en los libros con los cinco sentidos bien despiertos.



Los libros son materias inertes, objetos y, aunque nos cueste reconocerlo, cosas. Eso sí, el libro, como objeto, posee una apariencia tan particular que no tiene, por ejemplo, una papelera, pero, sí, los ladrillos con los que aquél, en ocasiones, suele guardar una relación más que metafórica, real.

Esta apariencia es, a veces, la mayor irresponsable de apartarnos de los libros, de no desearlos, de no querer entrar dentro de ellos y desvelar algunos de sus secretos que, en ocasiones, ¡menudos enigmas de las narices!

Ignoro si la gente lo sabe, pero un libro tiene color, forma, tamaño, peso y está compuesto de partes, varias y diversas. Como el cuerpo. Pero un libro no es un organismo vivo autónomo. Solamente cobra vida gracias al lector que le toma la temperatura paginal (ojo con la errata de la *p*) y, en muchas ocasiones, es el propio libro quien se la toma al lector, midiéndolo

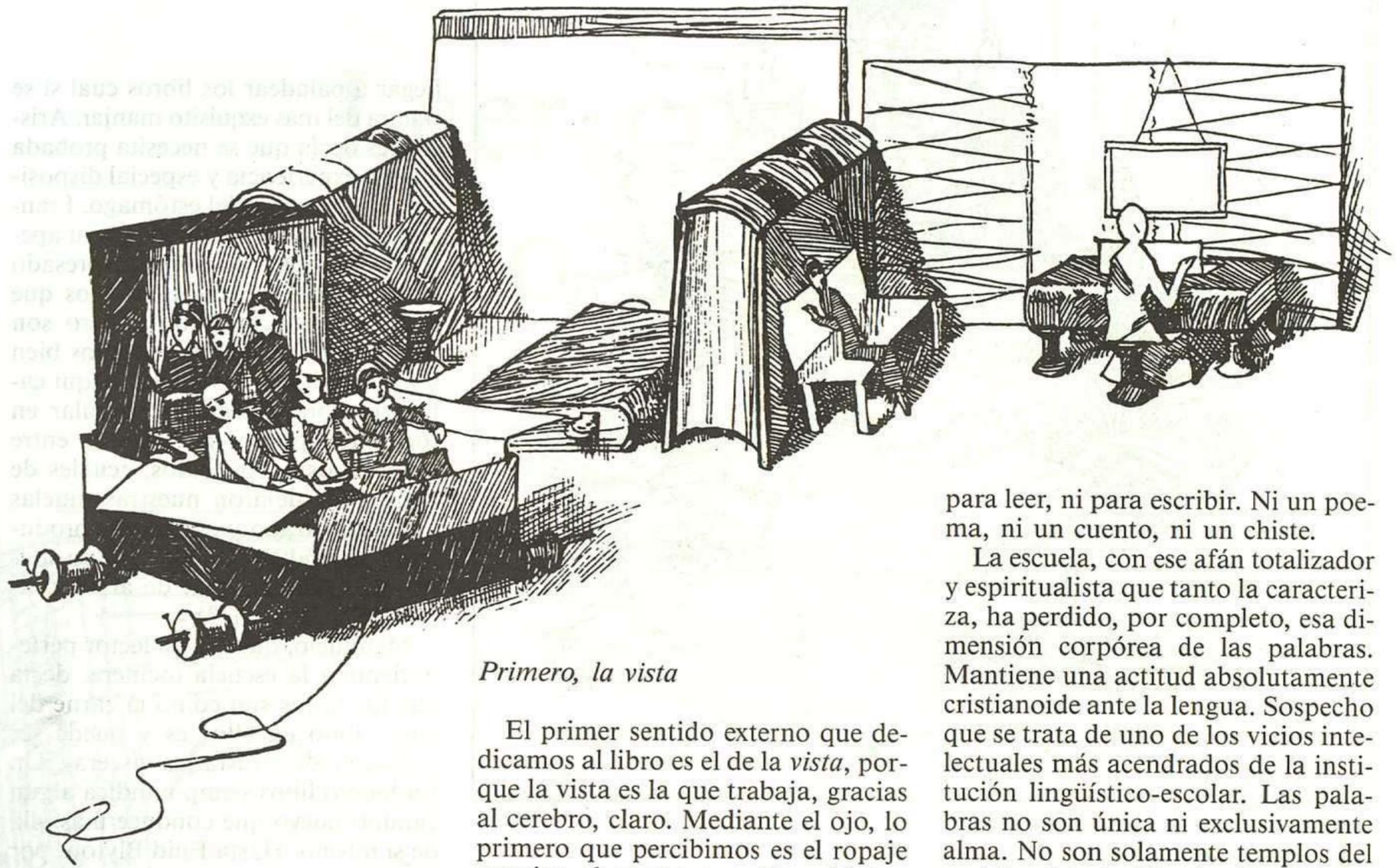
le su calor mental, creativo, sentimental e ideológico.

Desgraciadamente, los libros, aunque parezcan tan poquita cosa y tan modosos, como esas personas que no han roto un plato en su vida porque nunca los han lavado, pueden crear-nos más de un problema. Algunos de estos incordios proceden del propio libro: su composición es amazotada; su tipografía es para miopes trascendentales; sus lomos no son lomos sino hilachos frágiles que se pulverizan entre los dedos, y sus tapas son suspiros de monjas novicias que duran lo que va del beso al sobe. En fin, problemas. Otros los crea el maestro con sus lechemáticas preguntas e inutilidades diversas sobre la estructura del fonema o del sema más inextricable. Y otros los provoca el propio lector, derivados de su estructura óseo-mental.

Con frecuencia, nos preguntamos acerca de los cauces y coces de cómo

llegar a paladear los libros cual si se tratara del más exquisito manjar. Aristóteles decía que se necesita probada y larga experiencia y especial disposición del ánimo y del estómago. Francisco Bacon, haciendo gala a su apellido tocinerero, lo dejó expresado elocuentemente, advirtiéndonos que probamos muchos libros, pero son muy pocos los que masticamos bien y los que digerimos mejor. (Aquí cabría la nota didáctico-curricular en forma de epítome retórico: de entre los últimos libros leídos, ¿cuáles de entre ellos dejaron nuestras muelas hechas un trapo y cuáles nos produjeron una indigestión soberbia de aburrimiento, de desidia, de atolondramiento y de sueño?)

Mi abuelo, que era un lector perteneciente a la escuela tocinerera, decía que los libros son como la carne del cuto. Todo en ellos es y puede ser aprovechado. Hasta las vísceras. Un verdadero libro siempre indica algún camino nuevo que conduce más allá de sí mismo. Hasta Enid Blyton, por no citar a autores de nuestros lares y sacarles los colores de su desvergüenza palabrática, pertenece —según se mire— a la categoría porcina. (Aunque, bien podríamos preguntarnos: ¿qué tiene de rescatable una colección de aventuras que repite hasta el vómito el mismo vocabulario, la misma escenografía, el mismo argumento, la misma intriga, la misma salida, siempre falsa, tal vez porque la puerta, por donde entraron los protagonistas, también lo era? ¿Alguien ha encontrado, alguna vez, un mundo tan cerrado, tan homogéneo, tan uniforme como el de Enid Blyton? ¿Cómo puede madurar —si es que la lectura madura— un niño, leyendo siempre las mismas aventuras pelmosas de los Cinco?) Naturalmente, para ser un buen carnicero de los cerdos, digo de los libros, es necesario pasar, como pasaban, dicen, los místicos, por los sucesivos escalones que marcaban los diferentes sentidos hasta que sentían el orgasmo de Dios. En nuestro caso,



hasta descubrir el orgasmo palabrático.

Un itinerario

Para empezar, digamos que quien no haya perdido su tiempo en mirar, ojear y observar los libros, poco puede esperar de lo que su gusto pueda proporcionarle. Esto que acabo de escribir no lo escribió Borges, pero, seguramente, lo pensó. Los maestros nos olvidamos con facilidad terrorífica de los sentidos a la hora de leer un libro. Y, sin embargo, los sentidos, como nos enseñaron los clásicos Diógenes y Plutarco, han de aplicarse libre, con devoción y gozo, al disfrute integral en todas sus facetas. A pesar del duro aprendizaje que conlleva toda iniciación, las más íntimas y agradables satisfacciones sólo pueden ser fruto de una concitación de los cinco sentidos. Y antes que nada, conviene ser un *voyeur* de los libros.

Primero, la vista

El primer sentido externo que dedicamos al libro es el de la *vista*, porque la vista es la que trabaja, gracias al cerebro, claro. Mediante el ojo, lo primero que percibimos es el ropaje exterior, el envase, que dijera McLuhan. Contemplar su continente es, pues, el primer paso. Cuando abrimos el ejemplar, que acariciamos —es un decir, porque, ¡hay cada manazas!— con nuestros dedos, y escogemos lenta y voluptuosamente —también es otro decir— sus páginas, nuestra vista sigue repasando su interior con avidez de nuevas sensaciones visuales: tipo de letra, caracteres tipográficos, orlas, láminas, grabados, nombres, edades, procedencias, depósitos legales, imprentas, fechas, destinos, etcétera (el cual no se pone por el simple hecho de poner).

Lo primero que nos atrae es el cuerpo, la dimensión física de las palabras del libro. Pues todo verdadero gusto, y disgusto, y deseo, nace, precisamente, del deslumbramiento que nos provoca el muslamen, el torso, la belleza física de la palabra. Quien no se ha enajenado nunca ante el envase de una esdrújula no está capacitado para acceder al mundo de la palabra. Ni

para leer, ni para escribir. Ni un poema, ni un cuento, ni un chiste.

La escuela, con ese afán totalizador y espiritualista que tanto la caracteriza, ha perdido, por completo, esa dimensión corpórea de las palabras. Mantiene una actitud absolutamente cristianoide ante la lengua. Sospecho que se trata de uno de los vicios intelectuales más acendrados de la institución lingüístico-escolar. Las palabras no son única ni exclusivamente alma. No son solamente templos del espíritu del significado. También, y sobre todo, tienen un cuerpo, un significante. En cuanto las escribimos, nada más mirarlas, percibimos que ocupan un espacio, se adueñan de la frase y del párrafo, entablando, a veces, luchas de tintas sangrientas entre ellas. Algunas, las pobres, hasta naufragan en los Mares del Borrón Oceánico. Unas son gordas, orondas, esbeltas, elegantes; otras son agudas como alfileres, sensuales, gráciles, inclinadas y reverenciales como un bufón; al contrario que éstas, que muestran una caligrafía orgullosa, majestuosa, soberbia.

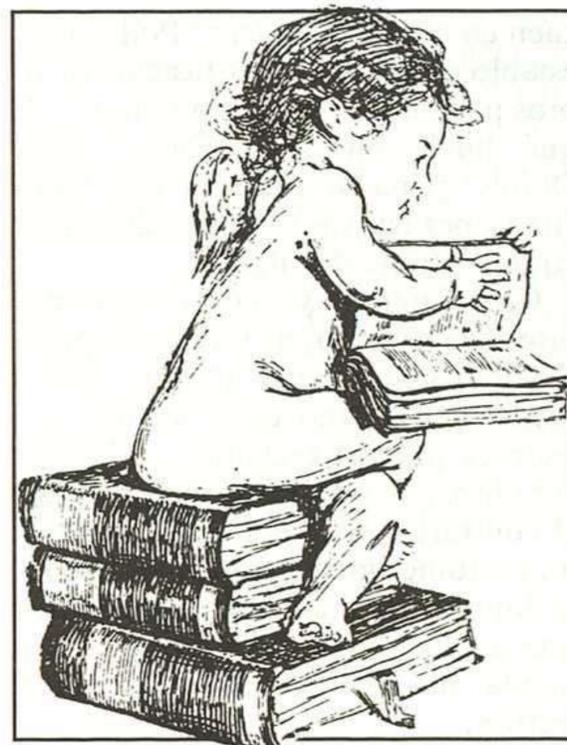
Todas las palabras con sus respectivos cuerpos desean que nos fijemos en ellas. Nos lo están pidiendo a gritos secos. Sin embargo, a pesar de su exhibicionismo, de su contoneo, más o menos erótico, las ignoramos, considerándolas únicamente como portadoras de un significado. Parece como si nos diese pánico contemplarlas en su dimensión física, en su desnudez

estallante. Ya no gozamos de sus formas. Tan sólo apreciamos su sentido. La escuela hace tiempo que ya no contempla las palabras. Las lee. No les seguimos el rastro, ni la huella. Se ha perdido la relación cálida con las palabras. Y en esa pérdida de la sensualidad palabrática, radica, pienso, la ausencia y el declive de lo lector, de lo poético-lector, en el aula.

Para despertar el apetito lector sería conveniente empezar a hacerlo avivando el ojo. Despertar el amor o la lujuria del niño —¿son los niños de ahora lujuriosos?— hacia el cuerpo húmedo y curvilíneo de la escritura. En definitiva, enamorarse de la palabra, es decir, dejarse apresar por esa locura transitoria que solamente se cura amando más. En cuanto al sentido, ya se nos dará por añadidura. Y si no se nos da, ¡que le den dos morfemazos!

Segundo, tocar, manosear, meter mano

Las primeras impresiones visuales se mezclan con las que proceden de otros sentidos, por ejemplo, del tacto. El dedo, la mano, la yema del dedo, la piel del cerebro o el cerebro de la piel nos revela la textura y calidad del papel, del pergamino, de la piel o de la tela que goza (¿goza o se pringa uno los dedos?) de la suavidad del cordobán, de su sedosidad, de su vigorosidad. El protagonista de *Una soledad demasiado ruidosa*¹ nos hace esta sensual confesión: «Yo siempre había trabajado con las manos desnudas para poder sentir el tacto del papel con los dedos, en cambio aquí nadie deseaba tener esa extraordinaria experiencia que es palpar libros». Bohumil Hrabal, autor de este libro, concluirá, pues, que quien no palpa los



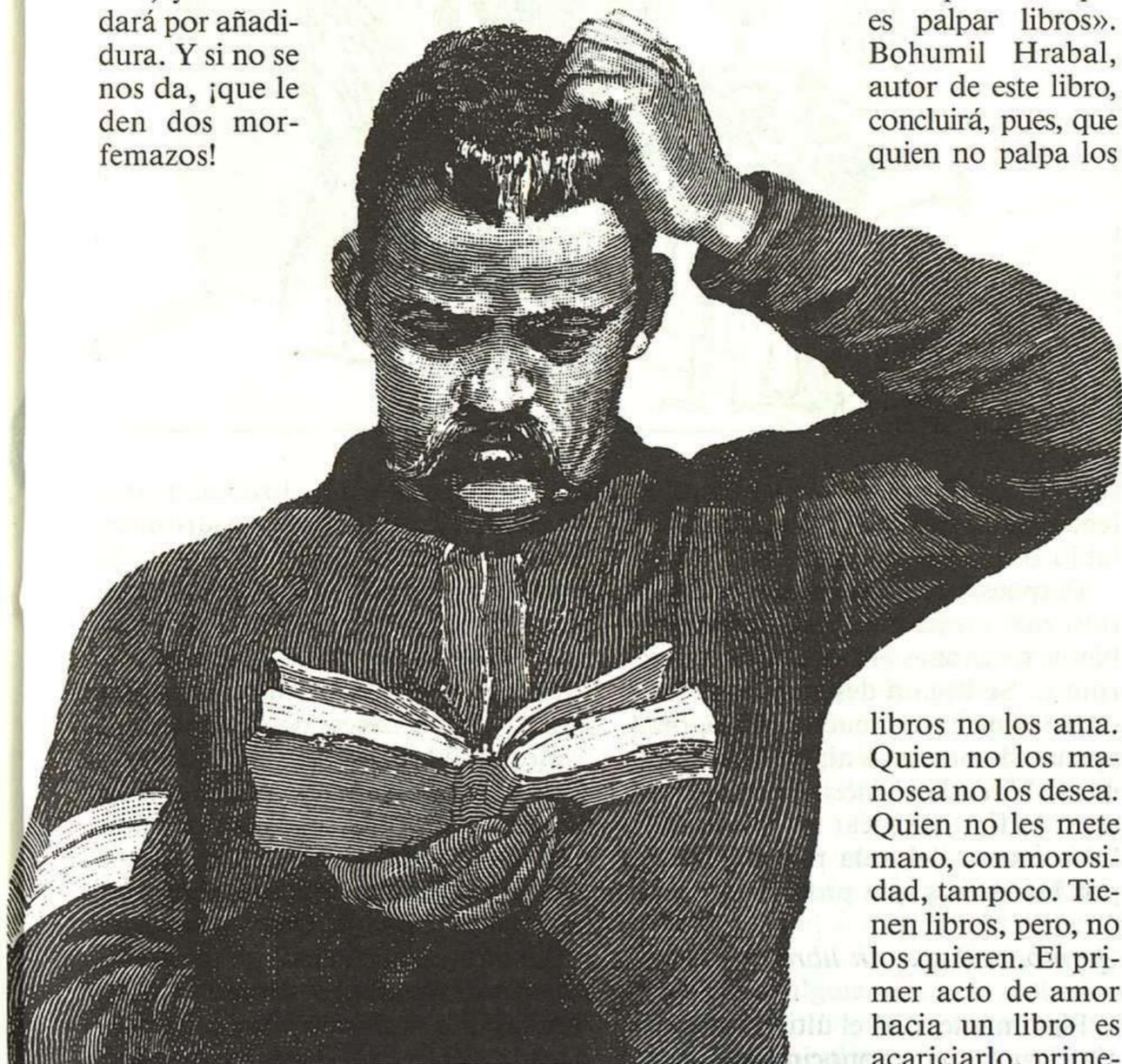
ro con la mirada, después, con la mano.

¿De qué forma y manera dejamos que los niños y las niñas de las escuelas les *metan mano* a los libros? Pienso que si, desde luego, somos tan pudorosamente pacatos que no dejamos que los alumnos toqueteen los libros, será mejor que nos dediquemos a plantar dunas en el desierto. Quien lo pruebe sabrá que los frutos, tanto intelectuales como afectivos, que de tales experiencias táctiles pueden obtenerse, son múltiples y variados.

Tercero, aspirar el olor

El mismo personaje de Hrabal confesará que, cuando tomaba un libro en sus manos, «lo abro y huelo el texto, y sólo después fijo los ojos en la primera frase y la leo como si fuera una predicción homérica».

El *olfato* nos pone en contacto con la apreciación y los aromas desprendidos por los diversos componentes del libro: cueros, papel, tintas o rancios olores exhalados por antiguos o añejos ejemplares, son captados por nuestras pituitarias cuando nos los acercamos a la nariz para olisquearlos delicadamente, o no tan delicadamente. ¿A qué huelen los libros que



libros no los ama. Quien no los manosea no los desea. Quien no les mete mano, con morosidad, tampoco. Tienen libros, pero, no los quieren. El primer acto de amor hacia un libro es acariciarlo, prime-

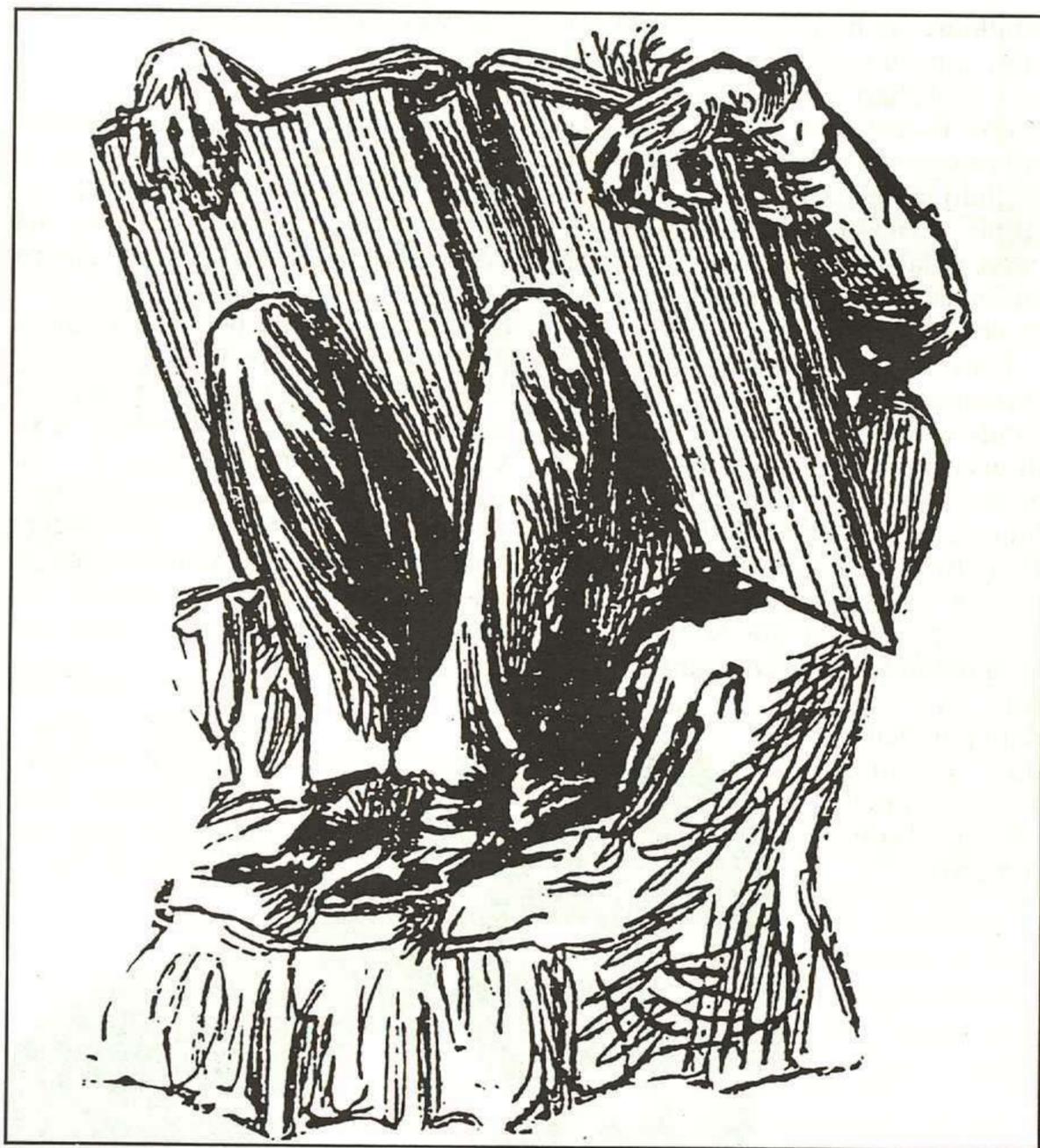
caen en nuestras *narices*? Podríamos establecer toda una clasificación de libros por sus olores y sus mixturas. ¿A qué huele un Juan Farias? ¿Un Obiols? ¿Una Nöstlinger? ¿Una Concha López Narváez? Y las editoriales, ¿qué perfume destilan?

Con el tiempo y cierto cultivo manisero de la poma, de un cierto aprendizaje o sensualismo interior, más o menos proustiano de la lectura, los lectores podrán exclamar: «No leas ese libro, que huele muy mal». O, por el contrario: «Lee ese otro que tiene un perfume embriagador». Y, bueno, la limitación o extensión semántica que se quiera dar al concepto de oler queda al arbitrio de cada nariz lectora.

Cuarto, oír crecer el césped

¿Recordáis al ciego de *La isla del tesoro*, cuando le advierte a Jim Hawkins que ojo con lo que hace, que ver, no verá, pero, oír, lo que es oír, es capaz de oír crecer el césped? ¿Emiten sonidos los libros? ¿Alguna vez nos hemos dedicado a escuchar su rumor? Es una experiencia deliciosa y muy relajante. Primero, porque los alumnos y alumnas se sumergen en el *nirvana* del silencio y dejan en paz al profesor durante unos minutos. Segundo, porque es un gozo verlos dispuestos a captar el mínimo rumorcillo de una hoja y calificar con un adjetivo o un sustantivo más o menos recurrente ese temblor culto de la hoja.

He visto a alumnos y alumnas sentir verdadero placer cuando intentaban captar el débil arrullo murmurante de las hojas deslizándose rápida o lentamente entre las yemas de los dedos o el opaco sonido con que responden las tapas cuando cerraban un libro o lo golpeaban ligeramente. Me gustaría que alguna de estas delicadezas de la sensibilidad o sensibilidades de delicadeza lectora fueran objeto de nuestros sobresaltos pedagógicos. De esta manera, junto a otras, lograríamos disminuir tanta



sordera interior ante las llamadas silenciosas de un sintagma en forma de labio o de una oxípetala.

Después, resulta todavía más divertido, más creativo y más irónico establecer relaciones entre los libros y los ruidos. Se llega a descubrir que muchos libros hacen mucho ruido, pero apenas si contienen alguna nuez digna de hincarle el incisivo. Y podríamos, en fin, clasificar los libros de la biblioteca o del aula por el ruido o por las nueces que producen.

Quinto, comerse un libro

Finalmente, está el último sentido, el del *gusto*, el reconocimiento pala-

tal, la degustación y el saboreo sutil de todos y cada uno de los distintos elementos del libro. Representa la *summa* o síntesis de todas las excelencias y el punto culminante de la escala ascendente a la máxima delectación o éxtasis librario: la comunión total con el objeto deseado. Casi nada.

Bohumil Hrabal, en el citado libro, *Una soledad demasiado ruidosa*, dirá: «Cuando leo, de hecho, no leo, sino que tomo una frase bella en el pico y la chupo como un caramelo, la sorbo como una copita de licor, la saboreo hasta que, como el alcohol, se disuelve en mí, la saboreo durante tanto tiempo que acaba no sólo penetrando mi cerebro y mi corazón, sino que

LA PRÁCTICA

circula por mis venas hasta las raíces mismas de los vasos sanguíneos». Otro casi nada.

Esto nos lleva al goce absoluto del libro mediante el envase de una sensualidad convenientemente adiestrada. Llegaríamos al libro como festín gastronómico: la bibliofagia. Si los libros son alimento del espíritu, y si el espíritu es inconcebible sin un cuerpo, habrá que colegir que los libros son, también, alimento del cuerpo. Pero, no sólo en el sentido metafórico del término, sino real. ¿A que al-

De este concreto modo, definirían sus gustos literarios. ¿A qué saben, por ejemplo, los Dahl, Nöstlinger, Stevenson, Swift, Rodari, Zimnik, Obiols, Camus, López Narváez, Janosch, Cendrars, Gisbert, Ecke, Sennell, Hoffmann? ¿Es Camus carnoso y escueto como un magnífico salmón? ¿Es Swift una sopa de cebollas con picante? ¿Es Rodari una tienda de *gourmets*? ¿Es Dahl una charcutería de éxito?

Y siguiendo con esta metáfora culinaria, se podría concebir la escuela

De acuerdo con esta visión —bibliovisión, más bien—, la escuela podría programar de forma plural y diversificada sus lecturas. Así, tendríamos libros para desayunar, libros para comer, libros para merendar y libros para cenar. Naturalmente, antes de empezar a comerse estos libros los alumnos deberían lavarse las manos, pues, generalmente, las llevan bastante guarras. De esta singular manera, sabríamos muy bien, y mejor que por cualquier otro sistema, qué libros les producen malas digestiones,



guna vez han oído esta conversación culinaria respecto a los libros?:

—¿Te has cepillado el último Kundera?

—Sí.

—¿Qué te ha parecido?

—Muy sabroso.

—Pues yo no lo he podido digerir.

—Hay capítulos que son un poco estomagantes. Pero, en general, el libro resulta una golosina para el paladar.

Aprovechando esta gastrosófica manera de expresarnos, podríamos sugerir a los alumnos y alumnas de los centros escolares que asociaran los autores que leen con dietas o platos culinarios más o menos tradicionales.

como una gran cocina. Los maestros serían los grandes cocineros, con sus habilidades coquinarias. Y los alumnos, con sus diferentes estómagos y pituitarias, los comensales. Éstos se convertirían en bibliófilos, bibliómanos, biblioparvos, bibliotafios (enterradores de libros; recuerden que también existen sepultureros de palabras, la tribu de los kibus, según Perec), bibliomaníacos y, finalmente, bibliófagos, que constituirían la muestra de amor más profunda hacia los libros, como es la antropofagia con respecto a los seres humanos. Cuanto más amamos a alguien, más a gusto nos lo comeríamos (así canta la copla o refranero popular).

diarreas, acidez de estómago, y por tanto son estomagantes y excelentes transmisores de enfermedades y venenos sin cuentos para el espíritu.

Al final del periplo escolar, el alumno tendría que superar una prueba global para obtener el título de Bibliófago Escolar. La prueba tendría dos partes: una teórica, que versaría sobre las interioridades de los libros; y otra práctica, consistente en preparar un menú culto. Por ejemplo, ¿quién renunciaría a dar cumplida cuenta del siguiente menú?: Sopa Salgari con letras Garamond; Lomo de becerrillo cuajado a lo Connan Doyle; y Gran puding a lo Stevenson regado con un zumo de pulpa con papel de hilo.

Un ejemplo final

Lo que acabo de exponer no son meras lucubraciones, producto de mi neurosis lectora. Más que meras, son meros, vivitos y coleando. Quiero decir que todas las posibilidades, aquí insinuadas, han sido sancionadas positivamente por la madre de la ciencia, doña Práctica Curricular. Valga como plato de muestra, el planteamiento y desarrollo de una actividad concreta, relativa al del color del libro, dentro del apartado de la vista.

Existe una teoría psicológica de los colores, seguramente poco científica, pero, para lo que nosotros buscamos, muy sugestiva. Según ella, si eliges, por ejemplo, el color rojo quiere decir que te puede la extraversión, el interés por el mundo. Padeces del horror a la monotonía, porque tienes un cuerpo lleno de vida. Eres un tipo optimista, simpático, aunque, en ocasiones, ingenuo e inconsciente como un tarugo. Como te domina el impulso y la agresividad, muestras enseguida tu simpatía o antipatía al que se te ponga por delante. No vales, en consecuencia, para diplomático.



Si, por el contrario, rechazas el color rojo, demuestras que estás más perdido que un mono en un laboratorio: lo temes todo, a ti mismo y al mundo que te rodea. Te falta paz interior y necesitas, cuanto antes, un monasterio para llenarte de soledad y de silencio. Así, desterrarás tu inseguridad vital.

Con estos antecedentes cromáticos, relativos al color rojo, ¿qué podremos decir y esperar de un libro cuyo color predominante sea el rojo? ¿Y del que no tiene ni una mota bermeja? ¿Y si el color predominante fuese el negro, el azul o el verde? ¿Qué pensarías de un libro verde? ¿Qué te contará, una historia ecológica o la aventura de una aceituna convertida en lubricante?

El libro que, supuestamente, vas a leer: ¿con qué color predominante ha permitido dejarse engañar o vestirse? ¿Qué oscuras o claras sensaciones te produce? ¿Te recuerda alguna tarde de verano o algún crepúsculo de otoño o el otoño del crepúsculo erizado? ¿Te tranquiliza o bien altera tu sistema nervioso?

Si tuvieras la posibilidad de editar-te un libro, ¿qué color elegirías para vestirlo? ¿Por qué? Si la historia que cuentas se refiere a tus padres, ¿qué colores llevaría la portada? ¿Y la contraportada? Y si hablase del primer amor que te nubló la inteligencia y te inflamó de oscuridad el corazón, ¿con qué color iluminarías su título?

Y todo pintado de blanco, ¿qué te sugiere?: ¿La eternidad?, ¿el vacío?, ¿una tormenta de canas?, ¿el viento aviejado y con muletas?

A lo escrito: avivemos los sentidos. Entremos en los libros con los cinco sentidos bien despiertos. Sólo —¿sólo?— de esta manera podremos dar cumplida cuenta de un libro: de comérmolo, real y literariamente. ¡Que aproveche! ■

* Víctor Moreno es escritor.

Notas

1. Hrabal, B.: *Una soledad demasiado ruidosa*, Barcelona: Destino, 1990.